

ANTONIO Bue-
ro Vallejo, que
es uno de nues-
tros mejores drama-

DEMASIADA FANTASIA

turgos, con piezas en su haber tan excelentes como "Historia de una escalera" y "Ardiente oscuridad", acaba de estrenar "Las meninas", sobre el gran escenario nacional del teatro Español. Desde el punto de vista estrictamente literario, la nueva comedia—y siento disentir de algún crítico—me parece de las menos afortunadas de Buero, hasta el punto de que en una jerarquización estética de sus obras tendría que situarla acaso en el penúltimo lugar. Pero no es esto lo inquietante, ni lo que ahora me importa. En "Las meninas", la acción está llevada no por personajes imaginarios, sino por figuras históricas de la talla de Felipe IV, soberano que fue de medio mundo, y de Velázquez, gran señor de la pintura universal. Y la reconstrucción que Buero nos brinda de don Diego, por ejemplo, es absolutamente inadmisibles a causa de su radical y palmaria inautenticidad, tanto que no hay palinodia prologal o epilodal que pueda remediarla.

Todo español medianamente culto sabe que Velázquez quiso ser, y fue, durante toda su vida un disciplinado y perfecto cortesano. Desde su mocedad vivió bajo la protección de los Grandes, habitó en el Palacio Real y allí desempeñó los más variados empleos palatinos, desde ujier de Cámara en 1627, hasta aposentador en 1652, pasando por alguacil de Casa y Corte, escribano, veedor y contador de la pieza ochavada, comisario en Italia para la compra de lienzos, asistente para obras extraordinarias, inspector de edificaciones y administrador de la galería real. Le llovieron de manos de Felipe IV los empleos, las prebendas y las sinecuras. De los 131 óleos de Velázquez que figuran en el inventario de Gaya, 75 son retratos de personajes de la Corte, en su mayoría de los Austrias. Y el sueño dorado de don Diego fue alcanzar la venera de la Orden Militar de Santiago. Para realizarlo no escatimó sacrificios, incluso llegó a negar su profesión de pintor, oficio tenido por villano, y en el proceso que se instruyó al efecto, decenas de testigos—Alonso Cano, entre otros—declararon, a petición de Velázquez, que pintaba por diversión y gracia. Aun así, ante la imposibilidad de probar la nobleza de sus antepasados, hubo de solicitar dispensa al Papa. Imbuido de esta ingenua pretensión aristocrática, don Diego rechazó el regalo con que Inocencio X pretendía remunerarle por un retrato. Si hubiese que calificar socialmente a don Diego habría que afirmar que fue un modesto hidalgo con ínfulas nobiliarias, ocupado sin descanso en quehaceres palaciegos. No hay en su vida el menor síntoma

de rebeldía ni frente a la realeza, ni frente a la minoría dirigente de la sangre, ni frente al clero, ni frente a los valores históricos y morales de la sociedad en que vivió. Antes al contrario, sus principales ambiciones corroboran su aceptación de los más discutibles prejuicios de la época. Por no perderse la boda de la infanta María Teresa con Luis XIV se trasladó, viejo y enfermo, hasta la Isla de los Faisanes, lo que aceleró el fin de su vida. En estas decisiones influyó, sin duda, de modo especialísimo, su orgullo de criado del Rey y su agradecimiento y devoción personal hacia Felipe IV, a quien magnificó con insobornable adhesión, imposible de fingir, en sus sobrecogedores retratos. Pero si en alguna mala tentación de artista cayó Velázquez no fue en el torvo resentimiento, sino en el inofensivo esnobismo social.

Pues bien, Buero Vallejo nos presenta un Velázquez con acusados rasgos de demagogo, que desprecia el honor de ser caballero santiaguista, que se constituye en tribuno de la plebe, que elige sus amistades entre los mendigos, que vive huraña y sobriamente encerrado en su taller y que, airado y rebelde, resentido e ingrato, se enfrenta con los nobles, los inquisidores y con el propio Rey, entre otras cosas para convencerles, cuando hace ya siglo y medio que se ha pintado la Capilla Sixtina, de que el desnudo no es inmoral. Buero pone en boca de un Velázquez perseguido y denostado nada menos que por su regio y generoso protector, encendidos alegatos contra los impuestos, contra el Poder, contra los oficiales de Flandes y contra los prejuicios beatos, que recuerdan extraordinariamente a los tópicos décimononos que los libretistas del "Risorgimento" hacían cantar a los barítonos. De vez en cuando, el Velázquez de Buero se vuelve hacia las candilejas y, con muy dudoso gusto declamatorio, deletrea enfáticamente fra-

ses de elección municipal o sentencias de p a triotismo amargo con purísimo sabor

noventayochista. Cito de memoria: "los españoles nos conformamos con palabras", "no es fácil librarse de España", "el león español es un perro" (el de "Las meninas"). También hay condenaciones de la guerra, alusiones a la sangre popular derramada y, excepcionalmente—esta ya es harina de otro costal—una imprecación a la que parte del público atribuye velada significación ofensiva.

De esta visión de España, a veces negra, a veces de Alejandro Dumas, y de la ideología un tanto barata y trasnochada que Buero presta a sus protagonistas, no habría por qué ocuparse si las formularan personajes imaginarios. Pero ¿es lícito atribuirles a figuras históricas de tal envergadura? ¿Cabe aplicar a un arte nobilísimo las corruptelas, ya cómicas, de los guionistas de Hollywood? ¿Qué pensaría Buero si un autor catequístico nos presentara sobre las tablas de un teatro a Carlos Marx predicando la devoción de las novenas a Santa Rita y otras prácticas piadosas para edificación del buen público madrileño? ¿Consideraría lícito que se sacara a Goya por las bambalinas para condenar a los afrancesados, dar vivas entusiastas a Fernando VII, defender a Picasso y extasiarse, cuando ya estaba completamente sordo, ante la música dodecafónica? Evidentemente, no.

Si con ocasión del tricentenario, Diego Velázquez levantara la cabeza y se viera convertido sobre el escenario de nuestro gran teatro nacional en un pequeño revolucionario de 1848 con sus toques de puritanismo, él, creador de la "Rendición de Breda", con sus firmes convicciones de español del Imperio, pediría, con sobrada razón, muchas explicaciones. No; no se le puede hacer esto a uno de nuestros valores más cenitales. Y menos todavía en este redondo y pitagórico aniversario. Yo, que para gloria de nuestro entrañable país y de la literatura universal deseo fervientemente que el nombre de Buero sea un día tan grande en el teatro como el de Velázquez en la pintura, pido encarecidamente a los hombres de pluma venideros que no incurran por momentáneas conveniencias dramáticas en la ligereza de presentar a nuestro autor como lo que no es, que no lo tergiversen y falsifiquen, sino que lo dibujen con su vero perfil. Y si hubiera que permitirles alguna licencia poética, por aquello de que "favorabilia sunt amplianda", yo aceptaría sin esfuerzo que se olvidaran de esta —valga el eufemismo—"fantasía" velazqueña. Pero no más.

Gonzalo FERNANDEZ DE LA MORA